# Besar a un Ã•ngel

by MaarLopez

Category: Castle
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Status: In-Progress
Published: 2016-04-10 05:21:12
Updated: 2016-04-12 04:47:18
Packaged: 2016-04-27 20:46:31
Rating: M
Chapters: 4
Words: 7,794
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: La hermosa y caprichosa Katherine Beckett puede ir a la cÃ¡rcel o casarse con el misterioso hombre que le ha elegido su padre. Los matrimonios concertados no suceden en el mundo moderno, asÃ- que... Â¿cÃ³mo se ha metido Kate en este lÃ-o? Completamente AU. Adaptada. No es de mi autorÃ-a.

## 1. Sinopsis

La hermosa y caprichosa Katherine Beckett puede ir a la cÃ¡rcel o casarse con el misterioso hombre que le ha elegido su padre. Los matrimonios concertados no suceden en el mundo moderno, asÃ- que... Â¿cÃ³mo se ha metido Kate en este lÃ-o?

Richard Castle, tan serio como guapo, no tiene la menor intenciÃ³n de hacer el papel de prometido amante de una consentida cabeza de chorlito con cierta debilidad por el champÃ¡n. Aparta a Kate de su vida llena de comodidades, la lleva de viaje con un ruinoso circo y se propone domarla. Pero este hombre sin alma ha encontrado la horma de su zapato en una mujer que es todo corazÃ³n. No pasarÃ¡ demasiado tiempo hasta que la pasiÃ³n le haga remontar el vuelo sin red de seguridad... arriesgÃ¡ndolo todo en busca de un amor que durarÃ¡ para siempre.

* * *

><p>Hola, esta vez vengo con una adaptaciÃ³n de un libro que he leÃ-do hace mucho. Esta historia pertenece a Susan Elizabeth Phillips

## 2. CapÃ-tulo 1

**Vale, en esta historia Jim tendrÃ¡ otro apellido para adaptarse a la historia.**

* * *

><p>Kate Beckett habÃ-a olvidado el nombre de su novio.<p>

â€”Yo, Katherine, te tomo a ti...

Se mordisqueÃ³ el labio inferior. Su padre los habÃ-a presentado unos dÃ-as antes, aquella terrible maÃ±ana cuando los tres habÃ-an ido a por la licencia matrimonial. DespuÃ©s Ã©l se habÃ-a esfumado y no lo habÃ-a vuelto a ver hasta hacÃ-a sÃ³lo unos minutos, en el dÃºplex que su padre poseÃ-a al oeste de Central Park, cuando habÃ-a bajado a la sala donde ese mediodÃ-a estaba celebrÃ¡ndose aquella apresurada boda.

Kate casi podÃ-a sentir la enÃ©rgica desaprobaciÃ³n de su padre, que se encontraba a su espalda, pero eso no era nada nuevo para ella. Lo habÃ-a decepcionado incluso antes de nacer y no importaba cuÃ¡nto lo hubiera intentado, nunca habÃ-a conseguido que cambiara de opiniÃ³n sobre su hija.

Se arriesgÃ³ a mirar de reojo al novio que el dinero de su padre habÃ-a comprado. Un semental. Un autÃ©ntico semental de estatura imponente, constituciÃ³n delgada pero fibrosa y extraÃ±os ojos color celeste. A la madre de Kate le habrÃ-a encantado.

Johanna Beckett habÃ-a muerto el aÃ±o anterior, en el incendio de un yate cuando dormÃ-a en brazos de una estrella de rock de veinticuatro aÃ±os. Kate ya podÃ-a pensar en su madre sin sentir dolor y sonriÃ³ para sus adentros al darse cuenta de que el hombre que estaba junto a ella hubiera sido demasiado mayor para Johanna. DebÃ-a rondar los treinta y cinco aÃ±os y su madre solÃ-a fijar el lÃ-mite en veintinueve.

TenÃ-a el pelo tan oscuro que parecÃ-a negro y unos rasgos cincelados que harÃ-an que su cara pareciera demasiado bella si no fuera por la mandÃ-bula firme y el ceÃ±o amenazador aunque con un toque aniÃ±ado.

Los hombres que poseÃ-an ese brutal atractivo habÃ-an atraÃ-do a Johanna, pero Kate los preferÃ-a mÃ¡s maduros y conservadores. No por primera vez desde que la ceremonia habÃ-a comenzado, deseÃ³ que su padre hubiera escogido a alguien menos intimidante.

IntentÃ³ tranquilizarse recordÃ¡ndose que no iba a tener que pasar mÃ¡s que unas pocas horas con su nuevo marido. Todo acabarÃ-a en cuanto tuviera oportunidad de exponerle el plan que se le habÃ-a ocurrido. Por desgracia, el plan conllevaba romper unos votos matrimoniales que ella consideraba sagrados y, dado que no solÃ-a tomarse sus promesas a la ligera â€”en especial los votos matrimoniales, â€”sospechaba que eran los remordimientos de conciencia la causa de su bloqueo mental.

EmpezÃ³ de nuevo, esperando que el nombre le viniera a la mente.

â€”Yo, Katherine, te tomo ti... â€”La voz de Kate se apagÃ³.

El novio en cuestiÃ³n no le dirigiÃ³ ni una simple mirada y, por supuesto, tampoco intentÃ³ ayudarla. PermaneciÃ³ con la vista al frente, y las inflexibles lÃ-neas de aquel duro perfil le provocaron a Kate un cosquilleo en la piel. Ã‰l acababa de formular sus votos,

asÃ- que tenÃ-a que haber pronunciado el dichoso nombre, pero la falta de inflexiÃ³n en su voz no habÃ-a traspasado la parÃ¡lisis mental de Kate y no se habÃ-a enterado.

â€”Richard â€”mascullÃ³ su padre detrÃ¡s de ella, y Kate pudo deducir por el tono de su voz que apretaba los dientes otra vez. Para haber sido uno de los mejores diplomÃ¡ticos de Estados Unidos no se podÃ-a decir que tuviera demasiada paciencia con ella.

Kate se clavÃ³ las uÃ±as en las palmas de las manos, diciÃ©ndose que no tenÃ-a otra alternativa.

â€”Yo, Katherine... â€”tragÃ³ saliva, â€”te tomo a ti, Richard... â€”volviÃ³ a tragar saliva, â€”como mi horrible esposo.

Hasta que no escuchÃ³ la exclamaciÃ³n de Amelia, su madrastra, no se dio cuenta de lo que habÃ-a dicho. El semental volviÃ³ la cabeza y la mirÃ³. Arqueaba una ceja oscura con leve curiosidad, como si no estuviera seguro de haber oÃ-do correctamente. Â«Mi horrible esposo.Â»

El peculiar sentido del humor de Kate tomÃ³ el control y sintiÃ³ que le temblaban los labios.

Ã‰l alzÃ³ las cejas, y esos ojos profundos la miraron sin una pizca de diversiÃ³n. Resultaba evidente que el semental no compartÃ-a sus problemas para contener una risa inoportuna.

TragÃ¡ndose la histeria que crecÃ-a en su interior, Kate mirÃ³ rÃ¡pidamente hacia delante sin disculparse. Al menos una parte de aquellos votos habÃ-a sido honesta porque Ã©l, sin duda, serÃ-a un esposo horrible para ella. Finalmente, el bloqueo mental desapareciÃ³ y el apellido del novio irrumpiÃ³ en su mente. Castle. Richard Castle. Era otro de los rusos de su padre.

Como antiguo embajador en la UniÃ³n SoviÃ©tica, el padre de Kate, Jim Petroff, tenÃ-a infinidad de conocidos en la comunidad rusa, tanto allÃ-, en Estados Unidos, como en el extranjero. La pasiÃ³n de su padre por la ancestral tierra que lo habÃ-a visto nacer se reflejaba incluso en la decoraciÃ³n de la habitaciÃ³n donde se encontraban en ese momento, en las paredes azules â€”tan comunes en la arquitectura residencial de su paÃ-s, â€”la chimenea de ladrillos amarillos y la multicolor alfombra _kilim_. A la izquierda, sobre un secreter de nogal, habÃ-a un par de floreros de cobalto ruso y algunas figuras de cristal y porcelana de las

Colecciones Imperiales de San Petersburgo. El mueble era una mezcla de art dÃ©co y estilo Victoriano que, de una extraÃ±a manera, armonizaba con la estancia.

La gran mano del novio tomÃ³ la de Kate, mucho mÃ¡s pequeÃ±a, y ella sintiÃ³ la fuerza que poseÃ-a cuando le puso la sencilla alianza de oro en el dedo.

â€”Con este anillo, yo te desposo â€”dijo Ã©l con voz severa e inflexible.

Ella contemplÃ³ el sencillo aro con momentÃ¡nea confusiÃ³n. Por lo que podÃ-a recordar, acababa de entrar en lo que Johanna denominaba la fantasÃ-a burguesa del amor: el matrimonio.

Y lo habÃ-a hecho de una manera que nunca hubiera imaginado posible.

â€”... por el poder que me otorga el estado de Nueva York, os declaro marido y mujer.

Kate se tensÃ³ mientras esperaba que el juez Rhinsetler invitara al novio a besar a la novia. Cuando no lo hizo, supo que habÃ-a sido una sugerencia de Jim para ahorrarle la vergÃ¼enza de verse forzada a besar esa hosca y recia boca. No entendÃ-a cÃ³mo su padre habÃ-a pensado en ese detalle, que sin duda se les habÃ-a pasado por alto a todos los demÃ¡s.

Aunque no lo admitirÃ-a por nada del mundo, Kate desearÃ-a haberse parecido mÃ¡s a Ã©l en ese aspecto, pero si no era capaz de encargarse ella sola de los acontecimientos mÃ¡s importantes de su vida, Â¿cÃ³mo iba a ocuparse de unos simples detalles?

Sin embargo, detestaba sentir lÃ¡stima de sÃ- misma, de modo que apartÃ³ a un lado ese pensamiento mientras su padre se acercaba a ella para besarle frÃ-amente la mejilla como colofÃ³n de la ceremonia. Esperaba alguna palabra de afecto, pero tampoco se sorprendiÃ³ al no recibirla. Incluso consiguiÃ³ no sentirse dolida cuando Ã©l se apartÃ³.

Jim seÃ±alÃ³ al misterioso novio, que se habÃ-a acercado a las ventanas que daban a Central Park. Los habÃ-a casado el juez Rhinsetler. Los otros testigos de la ceremonia eran el chÃ³fer, que habÃ-a desaparecido discretamente para atender sus deberes, y la esposa de su padre, Amelia, que destacaba entre los demÃ¡s con aquel cabello rubio ceniza y aquella caracterÃ-stica voz
ronca.

â€”Felicidades, cariÃ±o. FormÃ¡is una bonita pareja Richard y tÃº. Â¿No te parece, Jim?â€” Sin esperar respuesta, Amelia abrazÃ³ a Kate, envolviÃ©ndolas a las dos en una nube de perfume almizcleÃ±o.

Amelia simulaba sentir un cariÃ±o sincero por la hija ilegÃ-tima de su marido, y aunque Kate era consciente de los verdaderos sentimientos de su madrastra, reconocÃ-a el mÃ©rito de Amelia guardando las apariencias. No debÃ-a de ser fÃ¡cil para ella enfrentarse a la prueba viviente del Ãºnico acto irresponsable que Jim habÃ-a cometido en su vida, incluso aunque hubiera sido veintisÃ©is aÃ±os antes.

â€”No sÃ© por quÃ© has insistido en ponerte ese vestido, querida. SerÃ-a perfecto para una fiesta, pero no para una boda. â€”La mirada crÃ-tica de Amelia evaluÃ³ con severidad el caro vestido dorado de Kate, con el corpiÃ±o de encaje y el bajo bordado, que acababa unos quince centÃ-metros por encima de la rodilla.

â€”Es casi blanco.

â€”El dorado no es blanco, querida. Y es demasiado corto.

â€”La chaqueta es muy discreta â€”seÃ±alÃ³ Kate, alisando las solapas de la prenda de raso dorado que le caÃ-a hasta la parte superior del muslo.

â€”Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Â¿No podÃ-as haber seguido la tradiciÃ³n y ponerte algo blanco? Â¿O haber escogido al menos algo de seda?

Ya que Ã©se no iba a ser un matrimonio de verdad, Kate pensaba que, de haber tenido en cuenta la tradiciÃ³n, se estarÃ-a recordando a sÃ-misma que estaba vulnerando algo que deberÃ-a haber sido sagrado. Incluso se habÃ-a quitado la gardenia que Amelia le habÃ-a prendido en el pelo, aunque Ã©sta se la habÃ-a vuelto a colocar en el mismo lugar poco antes de la ceremonia.

SabÃ-a que Amelia tampoco aprobaba los zapatos dorados, que parecerÃ-an unas sandalias romanas de gladiador si no fuera por el tacÃ³n de diez centÃ-metros. Eran terriblemente incÃ³modos, pero al menos era imposible confundirlos con unos zapatos tradicionales de raso.

â€”El novio no parece feliz â€”susurrÃ³ Amelia. â€”No me sorprende. Â¿Por quÃ© no tratas de evitar decir alguna otra tonterÃ-a por ahora? Y te lo digo en serio, haz algo con respecto a esa molesta costumbre que tienes de decir lo que piensas.

Kate apenas pudo reprimir un suspiro. Amelia nunca decÃ-a lo que pensaba en tanto que Kate casi siempre lo hacÃ-a, y tal alarde de sinceridad molestaba a su madrastra. Pero Kate no era capaz de actuar con hipocresÃ-a. Tal vez fuera porque eso era lo Ãºnico que sus padres tenÃ-an en comÃºn.

DirigiÃ³ una mirada furtiva a su nuevo marido y se preguntÃ³ cuÃ¡nto le habrÃ-a pagado su padre para que se casara con ella. La parte mÃ¡s irreverente de Kate se morÃ-a por saber cÃ³mo se habÃ-a efectuado la transacciÃ³n. Â¿Dinero en efectivo? Â¿Un cheque?

_Â«PerdÃ³n, Richard Castle, Â¿acepta American Express?Â»_ Mientras observaba al novio declinar una mimosa de la bandeja que le habÃ-a tendido Min Soon, intentÃ³ imaginar lo que Ã©l estarÃ-a pensando.

* * *

><p>Â«Â¿CuÃ¡nto tiempo mÃ¡s debo esperar antes de poder sacar a la mocosa de aquÃ-?Â»

Rick Castle echÃ³ un vistazo a su reloj. Otros cinco minutos mÃ¡s, decidiÃ³. ObservÃ³ cÃ³mo el sirviente que pasaba con la bandeja de bebidas se paraba a adularla.

_Â«DisfrÃºtalo, seÃ±ora. PasarÃ¡ mucho tiempo antes de que puedas volver a hacerlo.Â»_

Mientras Jim le mostraba al juez un samovar antiguo, Rick contemplÃ³ las piernas de su nueva esposa, expuestas ante todo el mundo gracias a eso que ella llamaba vestido de novia. Eran delgadas y bien proporcionadas, lo cual le hizo preguntarse si el resto de ese cuerpo femenino, oculto a medias por la chaqueta, serÃ-a igual de tentador. Pero ni siquiera el cuerpo de una sirena lo compensarÃ-a de tener que casarse a la fuerza.

RecordÃ³ la Ãºltima conversaciÃ³n que mantuvo con el padre de Kate.

â€”Es maleducada, atrevida e irresponsable â€”habÃ-a dicho Jim Petroff. â€”Su madre fue una mala influencia para ella. No creo que Kate sepa hacer algo Ãºtil. Por supuesto, no es todo culpa suya. Kate estuvo pegada a las faldas de su madre hasta que muriÃ³. Es un milagro que no estuviera a bordo del barco la noche que se incendiÃ³. Tienes que tener mano dura con mi hija, Rick, o te volverÃ¡ loco.

Lo poco que Rick habÃ-a visto de Kate Beckett hasta ahora no le habÃ-an hecho dudar de las palabras de Jim. La madre, Johanna Beckett, habÃ-a sido una modelo britÃ¡nica famosa hacÃ-a treinta aÃ±os. Como los polos opuestos se atraen, Johanna y Jim Petroff habÃ-an tenido una aventura amorosa cuando Ã©l comenzaba a destacar como experto en polÃ-tica exterior; Kate era el resultado.

Jim le habÃ-a asegurado a Rick que le habÃ-a propuesto matrimonio a Johanna cuando Ã©sta se quedÃ³ embarazada inesperadamente, pero ella se habÃ-a negado a sentar cabeza. No obstante, Jim habÃ-a insistido en que siempre habÃ-a cumplido con su deber de padre hacia su hija ilegÃ-tima.

Sin embargo, todo indicaba lo contrario. Cuando la carrera de Johanna habÃ-a comenzado a desvanecerse, se habÃ-a convertido en asidua de fiestas y saraos. Y donde quiera que Johanna fuera, Kate la acompaÃ±aba. Al menos Johanna habÃ-a tenido una profesiÃ³n, pensÃ³ Rick, pero Kate no parecÃ-a haber hecho nada Ãºtil en la vida. Mientras miraba a su nueva esposa con mÃ¡s atenciÃ³n, observÃ³ algÃºn parecido con Johanna.

TenÃ-an el mismo color de pelo, castaÃ±o claro, y sÃ³lo las mujeres que no salÃ-an de casa podÃ-an tener esa tez tan morena pero sin signos de bronceado. Sus ojos eran de un ambar, casi como las flores que crecÃ-an a los lados de las carreteras. Pero Kate era mÃ¡s menuda pero esbelta â€”tambiÃ©n parecÃ-a mÃ¡s frÃ¡gilâ€” y no tenÃ-a los rasgos tan marcados. Por lo que recordaba de viejas fotos, el perfil de Johanna habÃ-a sido casi masculino, mientras que el de su hija era mucho mÃ¡s suave, especialmente en la pequeÃ±a nariz respingona y en aquella boca absurdamente dulce.

SegÃºn Jim, Johanna tenÃ-a un carÃ¡cter fuerte, pero era corta de entendederas, otra cualidad que la pequeÃ±a cabeza hueca con la que se habÃ-a casado parecÃ-a haber heredado. No era exactamente la tÃ-pica chica bonita y tonta â€”era demasiado culta para eso, â€”pero a Ã©l no le costaba imaginÃ¡rsela como el caro juguete sexual de un hombre rico.

Rick siempre habÃ-a elegido con cuidado a sus compaÃ±eras de cama, y aunque le atraÃ-a ese pequeÃ±o cuerpo, preferÃ-a otro tipo de mujer, una que fuera algo mÃ¡s que un buen par de piernas. Le gustaban las mujeres que fueran inteligentes, ambiciosas e independientes y que no se guardaran nada para sÃ- mismas. PodÃ-a respetar a una mujer que lo mandara a la mierda, pero no tenÃ-a paciencia con lloriqueos y pataletas. El mero hecho de pensar en eso hacÃ-a que le rechinasen los dientes.

Al menos tenerla bajo control no serÃ-a un problema. MirÃ³ a su esposa y curvÃ³ una de las comisuras de la boca en una sonrisita sardÃ³nica.

_Â«La vida tiene maneras de poner a las pequeÃ±as chicas ricas y mimadas en el lugar que les corresponde. Y, nena, eso es lo que te

acaba de pasar.Â»_

Al otro lado de la habitaciÃ³n, Kate se detuvo delante de un espejo antiguo para mirarse. Lo hacÃ-a por costumbre, no por vanidad. Para Johanna, la apariencia lo era todo. Consideraba que llevar el rÃ-mel corrido era peor que un holocausto nuclear.

El nuevo corte de pelo de Kate, a la altura de la barbilla y un poco mÃ¡s largo por detrÃ¡s, era ligero, juvenil y delicado. A ella le habÃ-a encantado desde el principio, pero le habÃ-a gustado aÃºn mÃ¡s esa maÃ±ana, cuando Amelia habÃ-a protestado sobre lo inadecuado que era ese estilo para una boda.

Kate vio acercarse a su novio por el reflejo del espejo. Compuso una sonrisa educada y se dijo a sÃ- misma que todo saldrÃ-a bien. TenÃ-a que ser asÃ-.

â€”Coge tus cosas, cara de Ã¡ngel. Nos vamos.

A ella no le gustÃ³ ni un Ã¡pice aquel tono de voz, pero habÃ-a desarrollado un talento especial para tratar con personas difÃ-ciles y lo pasÃ³ por alto.

â€”MarÃ-a estÃ¡ haciendo un soufflÃ© Grand Marnier para el convite de bodas, pero no estÃ¡ listo aÃºn, asÃ- que tendremos que esperar.

â€”Me temo que no. Tenemos que coger un aviÃ³n. Tu equipaje ya estÃ¡ en el coche.

Necesitaba mÃ¡s tiempo. No estaba preparada para estar a solas con Ã©l.

â€”Â¿No podemos coger un vuelo mÃ¡s tarde, Richard? Odio decepcionar a MarÃ-a. Es una joya y hace unos desayunos maravillosos.

Aunque la boca del hombre se habÃ-a curvado en una sonrisa, los ojos parecieron taladrarla. Eran de un inusual color celeste pÃ¡lido que le recordaba a algo vagamente estremecedor. Aunque no podÃ-a recordar lo que era, ciertamente la inquietaba.

â€”Mi nombre es Rick, y tienes un minuto para llevar ese dulce culito tuyo hasta la puerta.

A Kate le dio un vuelco el corazÃ³n, pero antes de que pudiera reaccionar, Ã©l le dio la espalda y se dirigiÃ³ a los otros tres ocupantes de la habitaciÃ³n con voz tranquila pero autoritaria.

â€”Espero que nos disculpÃ©is, pero tenemos que coger un aviÃ³n.

Amelia dio un paso adelante y le dirigiÃ³ a Kate una maliciosa sonrisa.

â€”Vaya, vaya. Alguien estÃ¡ impaciente por celebrar la noche de bodas. Nuestra Kate es un bocadito apetecible, Â¿verdad?

De repente, a Kate se le fueron las ganas de tomar el soufflÃ© de MarÃ-a.

â€”Me cambiarÃ© de ropa â€”dijo.

â€”No tienes tiempo. EstÃ¡s bien asÃ-.

â€”Pero...

La firme mano de Rick se posÃ³ en su espalda y la empujÃ³ resueltamente hacia el vestÃ-bulo.

â€”Supongo que Ãªste es tu bolso. â€”Ante el asentimiento de Kate cogiÃ³ el bolsito de Chanel de la mesita dorada y se lo tendiÃ³. Justo entonces, el padre y la madrastra de Kate se acercaron para despedirse.

Si bien ella no pensaba llegar mÃ¡s allÃ¡ del aeropuerto, quiso escapar del contacto de Rick que la conducÃ-a hacia la puerta. Se volviÃ³ hacia su padre y se odiÃ³ a sÃ- misma por el leve tono de pÃ¡nico en la voz.

â€”Tal vez tÃº podrÃ-as convencer a Rick de que nos quedemos un poco mÃ¡s, papÃ¡. Apenas hemos tenido tiempo de hablar.

â€”ObedÃªcele, Katherine. Y recuerda que Ãªsta es tu Ãºltima oportunidad. Si me fallas ahora, me lavo las manos. Espero que hagas algo bien por una vez en tu vida.

Hasta ahora, siempre habÃ-a soportado las humillaciones de su padre en pÃºblico, pero ser humillada delante de su nuevo marido era demasiado vergonzoso y Kate apenas consiguiÃ³ enderezar los hombros. Levantando la barbilla, dio un paso delante de Rick y saliÃ³ por la puerta.

Se negÃ³ a sostener la mirada de su esposo mientras esperaban en silencio el ascensor que los llevarÃ-a al vestÃ-bulo. Segundos despuÃªs, entraron. Las puertas se cerraron sÃ³lo para abrirse en la planta siguiente y dar paso a una mujer mayor con un pequinÃªs color cafÃ© claro.

De inmediato, Kate se encogiÃ³ contra el caro panelado de teca del ascensor, pero el perro la divisÃ³. EnderezÃ³ las orejas, emitiÃ³ un ladrido furioso y saltÃ³. Kate chillÃ³ mientras el perro se abalanzaba sobre sus piernas y le desgarraba las medias.

â€”Â¡Quieto!

El perro continuÃ³ araÃ±Ã¡ndole. Kate gritÃ³ y se agarrÃ³ al pasamanos de latÃ³n del ascensor.

Rick la mirÃ³ con curiosidad y luego apartÃ³ al animal de un empujÃ³n con la punta del zapato.

â€”Â¡Mira que eres travieso, Mitzi! â€”La mujer tomÃ³ a su mascota en brazos y le dirigiÃ³ a Kate una mirada de reproche. â€”No entiendo lo que le pasa. Mitzi quiere a todo el mundo.

Kate habÃ-a comenzado a sudar. ContinuÃ³ aferrada al pasamanos de latÃ³n como si le fuera la vida en ello mientras miraba cÃ³mo aquella pequeÃ±a bestia cruel ladraba hasta que el ascensor se detuvo en el

vestÃ-bulo.

â€”ParecÃ-ais conoceros â€”dijo Rick cuando salieron.

â€”Nunca... nunca he visto a ese perro en mi vida.

â€”No lo creo. Ese perro te odia.

â€”No es eso... â€”ella tragÃ³ saliva, â€”es que me pasa una cosa extraÃ±a con los animales.

â€”Â¿Una cosa extraÃ±a con los animales? Dime que eso no quiere decir que les tienes miedo.

Kate asintiÃ³ con la cabeza e intentÃ³ respirar con normalidad.

â€”Genial â€”mascullÃ³ Ã©l atravesando el vestÃ-bulo. â€”Simplemente genial.

## 3. CapÃ-tulo 2

La maÃ±ana de finales de abril era hÃºmeda y frÃ-a. No habÃ-a papeles pegados en la limusina que los esperaba junto a la acera, ni latas, ni letreros de RECIÃ‰N CASADOS, ninguna de esas cosas maravillosas reservadas a las personas que se aman. Kate se dijo a sÃ- misma que tenÃ-a que dejar de ser tan sentimental. Johanna se habÃ-a metido con ella durante aÃ±os por ser exasperadamente anticuada, pero todo lo que Kate habÃ-a querido era una vida convencional. No era tan extraÃ±o, supuso, para alguien que habÃ-a sido educada con tan poco convencionalismo.

Se subiÃ³ a la limusina y vio que el cristal opaco que separaba al conductor de los pasajeros estaba cerrado. Al menos tendrÃ-a la intimidad que necesitaba para contarle a Rick Castle cuÃ¡l era su plan antes de llegar al aeropuerto.

_Â«Hiciste unos votos, Kate. Unos votos sagrados.Â» _

AhuyentÃ³ a la inequÃ-voca voz de su conciencia diciÃ©ndose que no tenÃ-a otra opciÃ³n.

Rick se sentÃ³ junto a ella y el espacioso interior pareciÃ³ volverse pequeÃ±o repentinamente. Si Ã©l no fuera tan fÃ-sicamente abrumador, ella no estarÃ-a tan nerviosa. Aunque no era tan musculoso como un culturista, Rick tenÃ-a el cuerpo fibroso y fornido de alguien en muy buenas condiciones fÃ-sicas. TenÃ-a los hombros anchos y las caderas estrechas. Las manos que descansaban sobre los pantalones eran firmes y bronceadas, con los dedos largos y delgados. Kate sintiÃ³ un ligero estremecimiento que la inquietÃ³.

Apenas se habÃ-an apartado del bordillo cuando Ã©l comenzÃ³ a tirar de la corbata. Se la quitÃ³ bruscamente y la metiÃ³ en el bolsillo del abrigo; despuÃ©s se desabrochÃ³ el botÃ³n del cuello de la camisa con un movimiento rÃ¡pido de muÃ±eca. Kate se puso rÃ-gida, esperando que no siguiera. En una de sus fantasÃ-as erÃ³ticas favoritas, ella y un hombre sin rostro hacÃ-an el amor apasionadamente en el asiento trasero de una limusina blanca que recorrÃ-a Manhattan mientras Michael Bolton cantaba de fondo **_Cuando un hombre ama a una

mujer_**, pero habÃ-a una gran diferencia entre la fantasÃ-a y la realidad.

La limusina se incorporÃ³ al trÃ¡fico. Ella respirÃ³ hondo, intentando tranquilizarse, y oliÃ³ el intenso perfume a gardenia en su pelo. Vio que Rick habÃ-a dejado de quitarse la ropa, pero cuando Ã©l estirÃ³ las piernas y comenzÃ³ a estudiarla, Kate se removiÃ³ en el asiento con nerviosismo. No importaba lo mucho que lo intentara, nunca serÃ-a tan bella como su madre, y cuando la gente la miraba demasiado tiempo, se sentÃ-a como un patito feo. Los agujeros de las medias doradas, tras el encuentro con el pequinÃ©s, no contribuÃ-an a reforzar su confianza en sÃ- misma.

AbriÃ³ el bolso para buscar el cigarrillo que tanto necesitaba. Era un vicio horrible, lo sabÃ-a de sobra y no estaba orgullosa de haber sucumbido a Ã©l. Aunque Johanna siempre habÃ-a fumado, Kate no solÃ-a fumar mÃ¡s que un cigarrillo de vez en cuando con una copa de vino.

Pero en aquellos primeros meses despuÃ©s de la muerte de su madre se habÃ-a dado cuenta de que los cigarrillos la relajaban y se habÃ-a convertido en una verdadera adicta a ellos.

DespuÃ©s de una larga calada, decidiÃ³ que estaba lo suficientemente calmada como para exponerle el plan al seÃ±or Castle.

â€”ApÃ¡galo, cara de Ã¡ngel.

Ella le dirigiÃ³ una mirada de disculpa.

â€”SÃ© que es un vicio terrible y le prometo que no le echarÃ© el humo, pero ahora mismo lo necesito.

Ã‰l alargÃ³ la mano detrÃ¡s de ella para bajar la ventanilla. Sin previo aviso, el cigarrillo comenzÃ³ a arder. Ella gritÃ³ y lo soltÃ³. Las chispas volaron por todas partes. Ã‰l sacÃ³ un paÃ±uelo del bolsillo del traje y de alguna manera lograÃ³ apagar todas las ascuas.

Respirando agitadamente, ella se mirÃ³ el regazo y vio la marca diminuta de una quemadura en el vestido de raso dorado.

â€”Â¿QuÃ© ha pasado? â€”preguntÃ³ sin aliento.

â€”Creo que estaba defectuoso.

â€” Â¿Un cigarrillo defectuoso? Nunca he visto nada asÃ-.

â€”SerÃ¡ mejor que tires la cajetilla por si todos los demÃ¡s estÃ¡n igual.

â€”SÃ-. Por supuesto.

Ella se la entregÃ³ con rapidez y Ã©l se metiÃ³ el paquete en el bolsillo de los pantalones.

Aunque Kate todavÃ-a se estremecÃ-a del susto, Ã©l parecÃ-a perfectamente relajado. ReclinÃ¡ndose en el asiento de la esquina, Ã©l cruzÃ³ los brazos sobre el pecho y cerrÃ³ los ojos. TenÃ-an que hablar â€”tenÃ-a que exponerle el plan para poner fin a ese

bochornoso matrimonio, â€”pero Ã©l no parecÃ-a estar de humor para conversar y ella temÃ-a meter la pata si no iba con cuidado. El Ãºltimo aÃ±o habÃ-a sido un desastre total y Kate se habÃ-a acostumbrado a animarse con pequeÃ±as cosas a fin de no dejarse llevar totalmente por la desesperaciÃ³n.

Se recordÃ³ a sÃ- misma que aunque su educaciÃ³n podÃ-a haber sido poco ortodoxa, desde luego sÃ- habÃ-a sido completa. Y a pesar de lo que su padre pensaba, habÃ-a heredado el cerebro de Jim y no el de Johanna. TambiÃ©n poseÃ-a un gran sentido del humor y era optimista por naturaleza, cualidad que ni siquiera el Ãºltimo aÃ±o habÃ-a podido destruir por completo.

Hablaba cuatro idiomas, era capaz de identificar al diseÃ±ador de casi cualquier modelo de alta costura y era toda una experta en calmar a mujeres histÃ©ricas. Por desgracia, no poseÃ-a ni el mÃ¡s mÃ-nimo sentido comÃºn.

Â¿Por quÃ© no habÃ-a hecho caso del abogado parisino de Johanna, cuando le dejÃ³ claro que no le quedarÃ-a ni un centavo una vez que pagara las deudas que Ã©sta habÃ-a dejado? Ahora sospechaba que habÃ-a sido el sentimiento de culpa lo que la habÃ-a impulsado a asistir a todas aquellas fiestas durante los desastrosos meses que siguieron al funeral. Llevaba muchos aÃ±os queriendo liberarse del chantaje emocional al que su madre la habÃ-a sometido en su interminable bÃºsqueda del placer. Pero no habÃ-a querido que Johanna muriera. Eso no.

Se le llenaron los ojos de lÃ¡grimas. HabÃ-a querido muchÃ-simo a su madre y, a pesar de su egoÃ-smo, de sus interminables exigencias y de su constante necesidad de reafirmarse en la belleza, Kate sabÃ-a que Johanna la habÃ-a querido.

Se habÃ-a sentido culpable ante la inesperada libertad que el dinero y la muerte de Johanna le habÃ-an proporcionado. Se habÃ-a gastado toda la fortuna, no sÃ³lo en sÃ- misma sino en cualquiera de los viejos amigos de Johanna que estuviera en apuros. Cuando las amenazas de los acreedores habÃ-an subido de tono, habÃ-a extendido cheques para mantenerlos callados, sin saber ni importarle si tenÃ-a dinero para cubrirlos.

Jim descubriÃ³ el derroche de Kate el mismo dÃ-a que emitieron una orden de arresto contra ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de la realidad y del alcance de lo que habÃ-a hecho. Tuvo que rogarle a su padre que le prestara dinero para mantener alejados a los acreedores, prometiendo devolvÃ©rselo en cuanto pudiera.

Jim habÃ-a recurrido al chantaje. Era hora de que madurara, le habÃ-a dicho, y si no querÃ-a ir a la cÃ¡rcel deberÃ-a poner fin a todas esas extravagancias y seguir sus Ã³rdenes sin rechistar. En un tono brusco e inflexible, Ã©l habÃ-a dictado sus tÃ©rminos. Se casarÃ-a con el hombre que Ã©l escogiera para ella tan pronto como pudiera arreglarlo. Y no sÃ³lo eso, tendrÃ-a que permanecer casada durante seis meses, ejerciendo de esposa obediente durante ese tiempo. SÃ³lo al final de esos seis meses podrÃ-a divorciarse y beneficiarse de un fondo fiduciario que Ã©l establecerÃ-a para ella, un fondo fiduciario que Ã©l controlarÃ-a. Si era frugal, podrÃ-a vivir con relativa comodidad el resto de su vida.

**_â€”Â¡No puedes hablar en serio! â€”exclamÃ³ ella cuando finalmente

habÃ-a recobrado el habla. â€”Ya no existen los matrimonios de conveniencia. _**

**_â€”Nunca he hablado mÃ¡s en serio. Si no aceptas casarte, irÃ¡s a la cÃ¡rcel. Y si no permaneces casada durante seis meses, nunca volverÃ¡s a ver un penique mÃ¡s de mi bolsillo. _**

Tres dÃ-as mÃ¡s tarde, le habÃ-a presentado al futuro novio sin mencionar quÃ© estudios poseÃ-a ni a quÃ© se dedicaba, y sÃ³lo le habÃ-a hecho una advertencia: **_â€”Ã‰l te enseÃ±arÃ¡ algo sobre la vida. Por ahora, es todo lo que necesitas saber._**

Cruzaron el Triborough Bridge y se dio cuenta de que muy pronto llegarÃ-an a La Guardia, por lo cual no podÃ-a esperar mÃ¡s para sacar a colaciÃ³n el tema sobre el que tenÃ-an que hablar. Por costumbre, Kate sacÃ³ un espejo dorado del bolso para cerciorarse de que todo estaba como tenÃ-a que estar. Ya mÃ¡s segura, lo cerrÃ³ con un golpe seco.

â€”Disculpe, seÃ±or Castle.

Ã‰l no respondiÃ³.

Ella se aclarÃ³ la garganta.

â€”Â¿SeÃ±or Castle? Â¿Rick? Creo que tenemos que hablar.

Ã‰l abriÃ³ los pÃ¡rpados que ocultaban aquellos ojos color celeste casi trasparente.

â€”Â¿De quÃ©?

A pesar de los nervios, ella sonriÃ³.

â€”Somos unos completos desconocidos que acaban de contraer matrimonio. Creo que eso nos da tema mÃ¡s que suficiente para hablar.

â€”Si quieres escoger los nombres de nuestros hijos, cara de Ã¡ngel, creo que paso.

AsÃ- que tenÃ-a sentido del humor despuÃ©s de todo, aunque fuera algo cÃ-nico.

â€”Quiero decir que deberÃ-amos hablar de cÃ³mo vamos a pasar los prÃ³ximos seis meses antes de poder solicitar el divorcio.

â€”Creo que serÃ¡ mejor que vayamos paso a paso, dÃ-a a dÃ-a â€”hizo una pausa. â€”Noche a noche.

A Kate se le puso la piel de gallina y se dijo a sÃ- misma que no fuera estÃºpida. Ã‰l habÃ-a hecho un comentario perfectamente inocente y ella sÃ³lo habÃ-a imaginado la connotaciÃ³n sexual en aquel tono bajo y ronco. ForzÃ³ una brillante sonrisa.

â€”Tengo un plan, un plan muy simple en realidad.

â€”Â¿SÃ-?

â€”Si me da la mitad de lo que le pagÃ³ mi padre por casarse conmigo,

y creo que estarÃ¡ de acuerdo conmigo en que es lo mÃ¡s justo, podremos irnos cada cual por su lado y acabar con este lÃ-o.

Una expresiÃ³n divertida asomÃ³ en esos rasgos de acero.

â€” Â¿De quÃ© lÃ-o hablas?

Ella deberÃ-a haber sabido, por la experiencia adquirida gracias a los amantes de su madre, que un hombre asÃ- de guapo no rebosarÃ-a materia gris.

â€”El lÃ-o de encontrarnos casados con un desconocido.

â€”Pues creo que llegaremos a conocernos bastante bien. â€”De nuevo esa voz ronca. â€”Y eso de ir cada uno por su lado no era lo que Jim tenÃ-a en mente. Tal y como lo recuerdo, se supone que tenemos que vivir juntos como marido y mujer.

â€”Eso pretende mi padre. Es un poco tirano en lo que se refiere a las vidas de otras personas. Lo mejor de mi plan consiste en que Ã©l nunca sabrÃ¡ que nos hemos separado.

Mientras no vivamos en su casa de Manhattan, donde puede vernos, no tendrÃ¡ ni idea de dÃ³nde estamos.

â€”Definitivamente no viviremos en su casa de Manhattan.

Ã‰l parecÃ-a no estar tan dispuesto a cooperar como ella habÃ-a esperado, pero Kate era lo suficientemente optimista como para creer que sÃ³lo necesitaba un poco mÃ¡s de persuasiÃ³n.

â€”SÃ© que mi plan funcionarÃ¡.

â€”A ver si nos entendemos. Â¿Quieres que te dÃ© la mitad de lo que Jim me dio por casarme contigo?

â€”Ya que lo menciona, Â¿cuÃ¡nto fue?

â€”No fue ni mucho menos suficiente â€”mascullÃ³ Ã©l.

Ella nunca habÃ-a tenido que discutir las condiciones y no le gustaba tener que hacerlo ahora, pero al parecer no tenÃ-a alternativa.

â€”Si lo piensa un poco, verÃ¡ que es lo justo. DespuÃ©s de todo, si no fuera por mÃ-, no tendrÃ-a nada.

â€”Â¿Quieres decir que planeas darme la mitad del fondo fiduciario que tu padre ha prometido establecer para ti?

â€”Oh, no, no pienso hacer eso.

Ã‰l soltÃ³ una breve carcajada.

â€”Me lo imaginaba.

â€”No lo entiende. Le pagarÃ© la deuda tan pronto como tenga acceso a mi dinero. SÃ³lo le estoy pidiendo un prÃ©stamo.

â€”Y yo me niego.

Kate comprendiÃ³ que le habÃ-a vuelto a pasar lo de siempre. TenÃ-a la mala costumbre de asumir lo que otras personas harÃ-an o lo que harÃ-a ella en su lugar. Por ejemplo, si fuera Rick Castle, se prestarÃ-a a darle la mitad del dinero simplemente por deshacerse de ella.

Necesitaba fumar. Aquello no pintaba bien.

â€”Â¿Puede devolverme los cigarrillos? Estoy segura de que no todos estaban defectuosos.

Ã‰l sacÃ³ el arrugado paquete del bolsillo de los pantalones y se lo entregÃ³. Kate encendiÃ³ uno con rapidez, cerrÃ³ los ojos y se llenÃ³ los pulmones de humo.

Se escuchÃ³ un estallido y cuando abriÃ³ los ojos de golpe, el cigarrillo estaba en llamas.

Con un grito ahogado, lo dejÃ³ caer. De nuevo, Rick apagÃ³ la colilla y las ascuas con el paÃ±uelo.

â€”DeberÃ-as denunciarlos â€”dijo Ã©l con suavidad. Kate se llevÃ³ la mano a la garganta, demasiado aturdida para hablar.

Ã‰l se acercÃ³ y le tocÃ³ un pecho. Ella sintiÃ³ el roce de ese dedo en la parte interior del seno y se estremeciÃ³, lo mismo que la piel sensible debajo del raso. AlzÃ³ la mirada de golpe a esos insondables ojos celestes. â€”Un poco de ceniza â€”dijo Ã©l. Kate puso la mano donde Ã©l la habÃ-a tocado y sintiÃ³ el martilleo del corazÃ³n bajo los dedos. Â¿CuÃ¡nto tiempo habÃ-a pasado desde la Ãºltima vez que una mano que no fuera la suya la habÃ-a tocado allÃ-? Dos aÃ±os, recordÃ³, cuando se habÃ-a hecho la Ãºltima revisiÃ³n mÃ©dica.

Ella vio que habÃ-an llegado al aeropuerto y se armÃ³ de valor.

â€”SeÃ±or Castle, tiene que entender que no podemos vivir juntos como marido y mujer. Somos unos completos desconocidos. Toda esta idea es ridÃ-cula y tendrÃ© que insistir en que coopere mÃ¡s conmigo.

â€”Â¿Insistir? â€”dijo Ã©l suavemente. â€”No creo que tengas derecho a insistir sobre nada.

Ella tensÃ³ la espalda.

â€”No voy a permitir que me intimide, seÃ±or Castle.

Ã‰l suspirÃ³ y sacudiÃ³ la cabeza, mirÃ¡ndola con una expresiÃ³n de pesar que ella dudaba que fuera sincera.

â€”Esperaba no tener que hacer esto, cara de Ã¡ngel, pero deberÃ-a haber imaginado que no ibas a ser fÃ¡cil. SerÃ¡ mejor que te explique las reglas bÃ¡sicas ahora mismo, asÃ- sabrÃ¡s a quÃ© atenerte. Para bien o para mal, vamos a permanecer casados durante seis meses a partir de hoy. Puedes irte cuando quieras, pero tendrÃ¡s que hacerlo sola. Y por si todavÃ-a no te has dado cuenta, Ã©ste no va a ser uno de esos matrimonios modernos de los que se habla en las revistas. Ã‰ste va a ser un matrimonio tradicional. â€”Repentinamente, su voz

se volviÃ³ mÃ¡s tierna y suave. â€”Lo que quiero decir, cara de Ã¡ngel, es que yo mando y tÃº harÃ¡s lo que diga. Si no lo haces, sufrirÃ¡s algunas consecuencias bastante desagradables. La buena noticia es que, pasado el tiempo estipulado, podrÃ¡s hacer lo que quieras. Sinceramente, me importarÃ¡ un bledo.

El pÃ¡nico se apoderÃ³ de Kate, que luchÃ³ por no perder los nervios.

â€”No me gusta que me amenacen. SerÃ¡ mejor que hable claro y me diga cuÃ¡les son esas consecuencias que penden sobre mi cabeza.

Ã‰l se reclinÃ³ en el asiento y torciÃ³ la boca en una mueca tan dura que Kate sintiÃ³ un escalofrÃ-o en la espalda.

â€”VerÃ¡s, cara de Ã¡ngel, no pienso decirte nada. TÃº misma lo descubrirÃ¡s todo esta noche.

## 4. CapÃ-tulo 3

Kate se pascaba por el rincÃ³n mÃ¡s apaÃ±ado de la secciÃ³n de fumadores de la puerta de embarque de USAir, dando unas caladas un profundas y rÃ¡pidas al cigarrillo que empezÃ³ a marearse. El aviÃ³n, segÃºn habÃ-a descubierto, se dirigÃ-a a Charleston, Carolina del Sur, una de sus ciudades favoritas, algo que tomÃ³ como una buena seÃ±al en una larga cadena de acontecimientos que se iban volviendo cada vez mÃ¡s desastrosos.

Primero, el estirado y poderoso seÃ±or Castle se negÃ³ a aceptar el plan. Luego le habÃ-a saboteado el equipaje. Cuando el chÃ³fer descargÃ³ una sola maleta del maletero en lugar del juego completo que ella habÃ-a preparado, Kate pensÃ³ que era una equivocaciÃ³n, pero Rick la sacÃ³ rÃ¡pidamente de su error.

â€”Viajaremos con poco equipaje. Le ordenÃ© al ama de llaves que lo rehiciera por ti durante la ceremonia.

â€”Â¡No tenÃ-a derecho a hacer eso!

â€”Vamos a facturar. â€”Ã‰l cogiÃ³ su propio y ligero equipaje, y Kate se quedÃ³ mirando con asombro cÃ³mo echaba a andar sin dejarle otra opciÃ³n que seguirlo. Ella apenas podÃ-a cargar con la maleta; sus tobillos se tambaleaban sobre los altos tacones mientras se arrastraba tras Ã©l. SintiÃ©ndose desgraciada y cohibida, se habÃ-a dirigido a la entrada, donde todo aquel que pasaba notaba las medias agujereadas, el vestido quemado y la gardenia mustia.

Cuando Rick desapareciÃ³ en los aseos, ella se habÃ-a apresurado a comprar una nueva cajetilla, pero descubriÃ³ que sÃ³lo tenÃ-a un billete de diez dÃ³lares en el bolso. Se dio cuenta con inquietud de que Ã©se era todo el dinero que poseÃ-a. Sus cuentas corrientes estaban bloqueadas y las tarjetas de crÃ©dito canceladas. Por lo tanto, volviÃ³ a guardar el billete en la cartera y le pidiÃ³ un pitillo a un atractivo ejecutivo.

En cuanto lo apagÃ³, Rick saliÃ³ de los aseos y al ver cÃ³mo iba vestido sintiÃ³ un vuelco en el estÃ³mago. El oscuro traje sastre habÃ-a sido reemplazado por una camisa vaquera, desgastada por infinidad de lavados, y unos vaqueros tan descoloridos que parecÃ-an

casi blancos. Los bajos deshilachados del pantalÃ³n caÃ-an sobre unas botas camperas de piel llenas de rozaduras. Llevaba la camisa remangada, mostrando unos fuertes y bronceados antebrazos ligeramente cubiertos de vello oscuro y un reloj de oro con una correa de piel.

Kate se mordisqueÃ³ el labio inferior. Al pensar en todo lo que su padre podÃ-a haberle hecho, nunca se le habÃ-a ocurrido que la casarÃ-a con el Hombre Marlboro.

Ã‰l se acercÃ³ a ella cargando la maleta con facilidad por el asa. Los ceÃ±idos pantalones revelaban unas piernas musculosas y unas caderas estrechas. A Lani le hubiera encantado.

â€”Vamos. Acaban de hacer la Ãºltima llamada.

â€”SeÃ±or Castle, por favor, no creo que quiera hacer esto. Si me prestara sÃ³lo la tercera parte del dinero que legÃ-timamente me pertenece, podrÃ-amos poner fin a esta situaciÃ³n.

â€”Le hice una promesa a tu padre y nunca falto a mi palabra. QuizÃ¡ sea un poco anticuado, pero es una cuestiÃ³n de honor.

â€”Â¡Honor! Â¡Se ha vendido! Â¡DejÃ³ que mi padre le comprara! Â¿QuÃ© clase de honor es Ã©se?

â€”Jim y yo hicimos un trato y no voy a romperlo. Por supuesto, si insistes en marcharte, no te detendrÃ©.

â€”Â¡Sabe que no puedo hacerlo! No tengo dinero.

â€”Entonces, vÃ¡monos. â€”Ã‰l sacÃ³ las tarjetas de embarque del bolsillo de la camisa y se puso en marcha.

Ella no tenÃ-a dinero ni tarjetas de crÃ©dito, y su padre le habÃ-a ordenado que no se pusiera en contacto con Ã©l. Con el estÃ³mago revuelto, se percatÃ³ de que no tenÃ-a otra alternativa que seguirlo, y cogiÃ³ la maleta.

Delante de ella, Rick habÃ-a alcanzado la Ãºltima hilera de sillas, donde un adolescente estaba sentado fumando. Cuando su nuevo marido pasÃ³ junto al chico, el cigarrillo de Ã©ste comenzÃ³ a arder.

Unas dos horas despuÃ©s Kate se encontraba bajo un sol resplandeciente en el aparcamiento del aeropuerto de Charleston, observando la camioneta negra de Rick; tenÃ-a el capÃ³ cubierto por una gruesa capa de polvo y la matrÃ-cula de Florida casi ilegible por el barro seco que la ocultaba.

â€”DÃ©jala ahÃ- detrÃ¡s. â€”Rick lanzÃ³ su propia maleta sobre la camioneta, pero no se ofreciÃ³ a hacer lo mismo con la de ella, igual que no se habÃ-a ofrecido a llevÃ¡rsela en el aeropuerto.

Kate rechinÃ³ los dientes. Si pensaba que iba a pedirle ayuda, podÃ-a esperar sentado. Le dolieron los brazos cuando intentÃ³ lanzar la voluminosa maleta a la parte trasera. Pudo sentir los ojos de Rick sobre ella y, aunque sospechaba que al final agradecerÃ-a todo lo que el ama de llaves habÃ-a metido en ella, en ese momento habrÃ-a dado cualquier cosa por que aquel diseÃ±o de Louis Vuitton fuera mÃ¡s pequeÃ±o.

CogiÃ³ el asa con una mano y sujetÃ³ la parte inferior de la maleta con la otra. Con gran esfuerzo, tirÃ³ de ella.

â€”Â¿Necesitas ayuda? â€”preguntÃ³ el con falsa inocencia.

â€”No..., gra... cias. â€”Las palabras parecÃ-an gruÃ±idos mÃ¡s que otra cosa.

â€”Â¿EstÃ¡s segura?

Kate, que por fin consiguiÃ³ alzarla para empujarla con el hombro hacia dentro, no tenÃ-a suficiente aliento para contestar. SÃ³lo unos centÃ-metros mÃ¡s. Se tambaleÃ³ sobre los tacones.

Un poco mÃ¡s...

Con un grito de consternaciÃ³n, la maleta y ella cayeron hacia atrÃ¡s. GritÃ³ al impactar contra el pavimento, luego chillÃ³ de pura rabia. Con la mirada clavada en el cielo se percatÃ³ de que la maleta habÃ-a amortiguado la caÃ-da y evitado que se lastimara. TambiÃ©n se dio cuenta de que habÃ-a caÃ-do de manera desgarbada, con la corta falda ciÃ±Ã©ndole los muslos, las rodillas pegadas y los pies extendidos.

Unas oscuras y gastadas botas camperas entraron en su Ã¡ngulo de visiÃ³n. DeslizÃ³ la mirada por los muslos que se perfilaban bajo los vaqueros y por el ancho pecho y, al llegar a aquellos ojos color Ã¡mbar que brillaban con diversiÃ³n, Kate recuperÃ³ su dignidad. Juntando los tobillos, se apoyÃ³ en los codos.

â€”Esto es justo lo que pretendÃ-a.

La risa del hombre fue ronca y oxidada, como si no se hubiera reÃ-do en mucho tiempo.

â€”Si tÃº lo dices.

â€”AsÃ- es. â€”Con toda la dignidad que pudo reunir, se impulsÃ³ sobre los codos hasta quedar sentada. â€”A esto es a lo que nos ha llevado su comportamiento infantil. Espero que lo sienta.

Ã‰l soltÃ³ una carcajada.

â€”TÃº lo que necesitas es un vigilante, cara de Ã¡ngel, no un marido.

â€”Â¡Deje de llamarme asÃ-!

â€”AgradÃ©ceme que te llame asÃ-. â€”CogiÃ³ el asa de la maleta y la lanzÃ³ con facilidad sobre la parte trasera de la camioneta como si no pesara mÃ¡s que el orgullo de Kate. Luego tirÃ³ de ella hasta ponerla en pie. AbriÃ³ la puerta de la camioneta y la empujÃ³ al sofocante interior.

Kate esperÃ³ para hablar hasta que hubieron dejado el aeropuerto atrÃ¡s. Viajaban por una carretera de doble sentido que se dirigÃ-a tierra adentro en lugar de a Milton Head, como ella habÃ-a esperado.

Matorrales y maleza bordeaban ambos lados de la carretera y el aire caliente que entraba por las ventanillas abiertas de la camioneta le agitaba los cabellos contra las mejillas. Adoptando un tono suave, Kate rompiÃ³ el silencio.

â€”Â¿PodrÃ-a encender el aire acondicionado? Se me enreda el pelo.

â€”Lleva aÃ±os sin funcionar.

Tal vez estuviera ya entumecida, porque aquella respuesta no la sorprendiÃ³. Los kilÃ³metros pasaron volando y los signos de civilizaciÃ³n escaseaban cada vez mÃ¡s. De nuevo le preguntÃ³ lo que se habÃ-a negado a contestar cuando bajaron del aviÃ³n.

â€”Â¿PodrÃ-a decirme adonde nos dirigimos?

â€”Es mejor que lo veas por ti misma.

â€”Eso no suena muy esperanzados

â€”Por decirlo de una manera suave, donde vamos no hay salÃ³n de cÃ³ctel.

Vaqueros, botas, matrÃ-cula de Florida. Â¡Tal vez fuera ranchero! Ella sabÃ-a que habÃ-a multitud de ganaderos ricos en Florida. QuizÃ¡s estuvieran dirigiÃ©ndose hacia el sur. Â«Por favor, Dios, que sea ranchero. Que sea igual que un episodio repetido de Dallas. Que haya una hermosa casa, ropas de diseÃ±o, y Sue Ellen y J. R. haraganeando alrededor de la piscina.Â»

â€”Â¿Es usted ranchero?

â€”Â¿Parezco ranchero?

â€”Lo que parece es un psiquiatra. Responde a una pregunta con otra.

â€”Â¿Los psiquiatras hacen eso? Nunca he ido a uno.

â€”Por supuesto que no. Es evidente lo bien que le funciona la cabeza.

Ella habÃ-a intentado que el comentario sonara sarcÃ¡stico, pero el sarcasmo nunca se le habÃ-a dado bien y pareciÃ³ que lo estaba adulando.

Kate mirÃ³ por la ventanilla el hipnÃ³tico paisaje de la carretera. Totalmente ensimismada, vio una casa desvencijada con un Ã¡rbol en el patio delantero lleno de comederos de pÃ¡jaros hechos de calabaza. El aire caliente los movÃ-a.

CerrÃ³ los ojos y se imaginÃ³ fumando. O lo intentÃ³. Hasta ese dÃ-a, no se habÃ-a dado cuenta de lo mucho que dependÃ-a de la nicotina. En cuanto se adaptara a la nueva situaciÃ³n, tendrÃ-a que dejar de fumar. En cuanto llegara a su nueva vida, tendrÃ-a que replantearse muchas cosas. Por ejemplo, nunca fumarÃ-a en la casa del rancho. Si le apetecÃ-a un cigarrillo, saldrÃ-a a fumÃ¡rselo a la terraza, en el balancÃ-n al lado de la piscina.

Mientras seguÃ-a soÃ±ando, se encontrÃ³ rezando otra vez: Â«Por favor, Dios, que haya terraza. Que haya piscina...Â»

Un poco mÃ¡s tarde, la despertÃ³ el traqueteo de la camioneta. Se incorporÃ³ bruscamente, abriÃ³ los ojos y soltÃ³ un grito ahogado de asombro.

â€”Â¿Pasa algo?

â€”DÃ-game que eso no es lo que creo que es.

El dedo de la joven temblaba cuando seÃ±alÃ³ hacia el objeto que se movÃ-a al otro lado del polvoriento parabrisas.

â€”Es difÃ-cil confundir a un elefante con otra cosa.

Era un elefante. Un elefante de verdad, vivito y coleando. La bestia recogiÃ³ un fardo de heno con la trompa y lo lanzÃ³ hacia atrÃ¡s. Mirando la deslumbrante luz del atardecer, Kate rezÃ³ para estar todavÃ-a durmiendo y que aquello sÃ³lo fuera una pesadilla.

â€”DÃ-game que estamos aquÃ- porque quiere llevarme al circo.

â€”No exactamente.

â€”Â¿Va a ir usted solo?

â€”No.

Kate tenÃ-a la boca tan seca que le resultaba difÃ-cil articular las palabras.

â€”SÃ© que no le gusto, seÃ±or Castle, pero, por favor, dÃ-game que no trabaja aquÃ-.

â€”Soy el gerente.

â€”Gerente de un circo â€”repitiÃ³ ella dÃ©bilmente.

â€”Exacto.

Atontada, Kate se dejÃ³ caer contra el asiento. A pesar de su optimismo, era incapaz de encontrar una luz al final del tÃºnel.

En el recinto abrasado por el sol habÃ-a una carpa de circo roja y azul junto con varias carpas mÃ¡s pequeÃ±as y una gran cantidad de caravanas. La carpa mÃ¡s grande, salpicada por estrellas doradas, tenÃ-a un gran rÃ³tulo de color rojo intenso donde se podÃ-a leer: CIRCO DE LOS HERMANOS QUEST, PROPIETARIO: OWEN QUEST. AdemÃ¡s de unos cuantos elefantes atados, Kate vio una llama, un camello, varias jaulas enormes con animales y toda clase de gente de mal vivir, entre la que incluyÃ³ a algunos hombres bastante sucios. A la mayorÃ-a de ellos parecÃ-an faltarle los dientes delanteros.

El padre de Kate siempre habÃ-a sido un esnob. Le encantaba todo ese rollo de los linajes antiguos y los tÃ-tulos de nobleza. Se jactaba de descender de las mÃ¡s grandes familias zaristas de Rusia. El hecho de que hubiera casado a su Ãºnica hija con un hombre que trabajaba en

un circo decÃ-a mucho de lo que sentÃ-a por ella.

â€”No es exactamente el de los Hermanos Ringling.

â€”Eso ya lo veo â€”repuso ella dÃ©bilmente.

â€”Los Hermanos Quest es uno de los circos que se conocen como circos de barro.

â€”Â¿Por quÃ© dice eso?

â€”Pronto lo averiguarÃ¡s â€”la respuesta sonÃ³ ligeramente diabÃ³lica.

End
file.